



CARTA DE DESAMOR

Alma, Amada:

Con este clavel rojo te dejo esta carta de desamor clavada en su tallo con un alfiler con cabeza de nácar, de esos que prendieron tu ramo de rosas el día de nuestra unión; y te digo el por qué te abandono y me marché al cuarto de la niña, con su amplia cama, una vez que ella se ha ido a vivir con su amor a otro barrio, que está en la otra punta.

El período que vivimos, después de la Noche de Bodas, tuvo cabal sentido de Amar, menos cuando yo estaba en erección permanente, y tú no querías que yo te entrara en mi estilo, imponiéndome cláusulas breves y cortadas.

Cuántas veces tuve que arrojarme en marcha, y cuántas me tuve que correr contra la pared, haciendo flores de puro adorno que afectaba la esencia de nuestro amor; acabando en mí con la pasión de hacerte galas retóricas, arpegios, trinos y otras variantes eróticas con mi picha y mis rasgos de pendolista, que quería florear en tu Chumino.

La pared quedaba pintada toda de espermas; y, encima, tú te enfadabas, prendiendo un cigarrillo que era para ti quitapenas; mientras a mí me dejabas en cueros al pie de la cama, leyendo el libro “Flores y Blancaflor”, obra amorosa y caballeresca, de Juan de Flores, escritor castellano.

Si yo, fijo y puntal, al pie del altar de la iglesia, te di el “sí, quiero”, fue porque pensé que eras una coneja, y serías mi mujer “la muy paridera”; pero no fue así; antes de traer a tu hija, tuviste tres o cuatro abortos estilo perro, y la llama del Amor se fue apagando.

Quizá no supe unir tus ideas e intereses con la atadura y trabazón con que, como mujer, me tienes. No supimos ponernos de acuerdo; y, en nuestros asuntos, salíamos por peteneras.

Más, lo peor de todo; y que ahonda más este mi desamor, es que tu Coño, comúnmente aromático, sobre todo cuando es reducido a polvo, mezclado con jarabe de palo, cuando tiene la regla huele a demonios que, aunque sea estimadísimo por frailes, reyes y teólogos, a mí me da asco, y no puedo dormir en la misma cama, que antes fue sitio campestre agradable, pero que, ahora, no se puede aguantar, además de que si juntamos mis pedos, ateos y certeros, con los

tuyos, católicos, se forma una flor de mierda de corola invisible, que se mastica.

No obstante, Alma, amada, si, algún día, quieres que te arregle el moño, no tienes más que llamarme, y yo te acercaré el capullo grande, glande, para estamparlo en su tejido.

El matrimonio es puro artificio, como bien sabes, pero no por eso nos tenemos que enemistar.

Abandonamos la pareja, pero seguiremos viviendo como hermanos. Pero, Alma, amada, a tu cama no volveré; no quiero volver a decir: “¡Fo!” como los chinos para indicar que te siento mal olor.

Salud.

-Daniel de Culla